

— DE SAN JOSÉ —
AL GUANACASTE
É INDIOS GUATUSOS.

Descripción religiosa, política, topográfica
é histórica de esos pueblos y lugares

POR EL PRESBITERO

JOSÉ DANIEL CARMONA

CURA DE SAN VICENTE.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.



SAN JOSÉ DE COSTA RICA.

1897.

TIPOGRAFÍA DE SAN JOSÉ.

Calle 19, Sur. Nos. 153-159.



AL SACRAMENTO DE LA ARMONÍA.

A QUIÉN mejor que á ti, querida madre mía, dedicar debiera las mal forjadas páginas de este pequeño libro? Con el fervor de un hijo que te adora y con el respeto de un hijo que te venera, te lo presento como testimonio de gratitud por la ternura con que me amas, como monumento eterno de las virtudes con que adornas tu alma, como admirador entusiasta de tu heroísmo en las adversidades y como panegírico de tu conducta ejemplar de madre cristiana que vela y trabaja por la educación de su hijo.

Recoger quisiera tus lágrimas derramadas en momentos amargos de aflixión, cantar quisiera tu fe admirable con que desde niño iluminaste mi mente, predicar quisiera tu laboriosidad, constancia y oración para presentar al mundo la mujer fuerte y santa de que nos habla el Evangelio.

Desde este lugar solitario en donde como víctima me confinó la ambición desenfrenada de los que buscan su propio interés antes que el bien y la honra de la patria, desde aquí te dedico estas líneas y con ellas el corazón de un hijo que te ama y adora.

Desde estas lejanas montañas en donde orgulloso levanto mi frente, injustamente perseguida sí, pero jamás manchada por el servilismo, ni doblegada ante la amenaza, atropello é injusticia de los que se creen nuestros amos absolutos; desde aquí mis labios amorosos pronuncian tu nombre, nombre que siento en la brisa perfumada de estos montes palpitantes, que escucho en el aura que gime silenciosa por entre las hojas de la palmilera, en el gorgojo arrebatador de los habitantes alados que lanzan á raudales sus variados cantos desde la cumbre de estos gigantescos árboles, y en el murmurar del río que á mis pies corre suavemente y se precipita adelante por las gargantas de las montañas siguiendo su camino como un viajero condenado á caminar eternamente.

Desde aquí, amada madre mía, mi mano te bendice, mi lengua ora sin cesar por ti y mi mente te acompaña.

JOSÉ D. CARMONA.

San Miguel de Sarapiquí, Octubre 16 de 1897.





ADVERTENCIA.

Animado por las repetidas instancias de algunos amigos, me determiné al fin á coleccionar en este pequeño libro la relación de nuestro viaje al Guanacaste é indios guatusos, que paulatinamente y según lo permitían las ocupaciones de mi ministerio publiqué en el periódico «La Unión Católica» del año próximo pasado.

No pretendo en él conquistar laureles en el campo de la literatura, ni mucho menos halagar oídos románticos; intento sí, dar á conocer, aunque ligeramente esos pueblos de nuestra República mirados con desdén por nuestros gobiernos y hasta con horror y repugnancia por algunos de nuestros conciudadanos. Sírvame esto de excusa por mi atrevimiento de las faltas de estilo é incompetencia en el arte de manejar la pluma.

Deseoso como el que más de dar á conocer las bellezas de esos lugares, habíame propuesto insertar también algunos grabados, pero dificultades políticas que algún día publicaré, impidiéronme el hacerlo. (*)

Nada quiero decir y renuncio al reclamo judicial contra el señor H. Pittier, por la publicación desautorizada de

(*) BLANCO Y NEGRO, ó sea *Propaganda y hechos políticos desde 1889 á 1897*, es el título de un opúsculo que pronto publicaremos.

nuestro trabajo en un folleto en el cual se introduce como escritor que usa de nuestras palabras sin distinción de comillas. La buena fe del señor Pittier es dudosa en este caso, aunque para ello alegue «la supresión de la parte *clerical*», como él dice, siendo así que nuestra narración le permitía hacerlo sin que apareciera en ciertas partes como cronista. Y nada valdría esto si al menos corrigiera las faltas de los cajistas, pues no comprendemos cómo el Sr Pittier admita *Garrotito* por Garavito, ni nos explicamos que todo un explorador ignore los nombres de los lugares colocados en nuestra carretera nacional á Puntarenas.

Siendo la Visita Canónica el objeto principal de nuestro viaje, claro está que me detenga de una manera especial en consideraciones y detalles religiosos sin olvidar por esto los recuerdos históricos y datos topográficos, que en la rapidez de nuestro viaje pude adquirir.

Esperando que el público costarricense recibirá con indulgencia y benignidad este insignificante trabajo, me atrevo á ponerlo en sus manos con el único deseo de despertar el interés y simpatías por esos lugares que más tarde constituirán un inmenso tesoro de nuestra riqueza nacional. Ellos son el porvenir de nuestra patria y en ellos debemos fijar nuestras miradas.

EL AUTOR.

San Miguel de Sarapiquí, Octubre 16 de 1897.




Margarita Peregón Loria

ERRATAS.

Página	Línea	En vez de	Léase
22	32	del	el
23	9	ominioso	ominoso
33	16	sediensos	sedientos
42	7	peredes	paredes
46	4	o	yo
47	30	;	,
47	33	.	,
48	2	canonicos	canónigos
49	20	Catrillo	Carrillo
60	30	rnibarbo	ruibarbo
60	31	eañafistola	cañafistula
114	14	los	las
118	31	jerperos	perjurios
156	30	conflitos	conflictos
194	19	San Carlos	Tojifo
195	25	e	el



ANTES DE SALIR.

I nuestra alma se siente profundamente impresionada contemplando á un padre de numerosa familia, que amante emprende largas jornadas para visitar á sus hijos idolatrados, estrecharlos en sus brazos, y procurarles el bien, aun á costa de su propio bienestar y salud, mucho más fuerte es la impresión que se siente al ver al Jefe de la Iglesia de Cristo, que fiel á los sentimientos, no de la sangre, sino de la verdadera caridad inspirada por el cristianismo, emprende también largos y penosos caminos para tener el gusto de visitar á los hijos que la Iglesia le dió, confirmarlos en las grandes y divinas verdades que Ella enseña, precaviéndolos del error, procurando el bien moral de los pueblos y la decencia del culto católico.

En la última de las visitas al Guanacaste y Guatuso del Ilustrísimo Señor Obispo Doctor don Bernardo A. Thiel, á quien tuvimos la honra inmerecida de acompañar, hemos tenido la oportunidad de contemplar ese cuadro grandioso y arrebatador que presentan los pueblos y el Prelado, de mutuo respeto, cariño y amor desinteresado, que salen espontáneamente del corazón, y no del vil temor á las bayonetas, ó del interés vergonzoso del empleo.

Pueblo y Prelado se confunden unidos con el dulce vínculo de la caridad, virtud sublime, hija del cielo, que hace de todos los hombres un solo hombre y de todos los corazones un solo corazón.

Digan lo que quieran los enemigos del catolicismo y de sus Jefes; levanten contra ellos sus gritos de negras calumnias y groseras agresiones, que con ello no conseguirán sino el desprecio y repugnancia que inspiran los aullidos del sanguinario chacal llenando las llanuras con los ecos de su rabia cuando no encuentra inocentes víctimas que devorar.

Los insultos y recriminaciones que contra nuestro digno Prelado han proferido hombres en cuyos corazones deberían estar grabados los sentimientos de gratitud y reconocimiento, no han tenido el menor eco en el alma del pueblo costarricense, que con talento suficiente ha sabido conocer los méritos y prendas de nuestro Jefe, como también la envidia, odio y venganza satánica que roe las entrañas de esos seres desgraciados que no viven en la tierra sino para eterno tormento y cruel suplicio de cuantos les rodean.

Decimos esto, por los varios artículos insolentes que contra él se han publicado, sobre todo, el último referente á la convocatoria excitativa á los pueblos de Grecia, Naranjo, etc., á denunciar y cultivar los fértiles terrenos del territorio de Guatuso. Convocatoria empapada en sentimientos de verdadero patriotismo, de progreso material, y de caridad fraternal para con los pobres indios guatusos que llevan una vida de salvajismo.

Sólo en los corazones donde se anida la vil serpiente de la envidia pueden encontrarse sentimientos contrarios á un acto tan humanitario para la raza indígena, como provechoso y útil para el país.

Indios son éstos, dignos de mejor suerte; y esos brazos, hoy día ociosos porque no saben cultivar la tierra,

producirán más tarde gran riqueza á la nación, al par que sus pechos serán las murallas donde vendrán á estrellarse las balas del traicionero enemigo y del avariento invasor.

Estas tribus situadas en los límites de Costa Rica serán como los centinelas que velarán por la tranquilidad pública, y en caso de guerra, al sonido del clarín serán los primeros en lanzarse al combate y sacrificarse en aras de la patria.

EN EL TREN

Son las 5 p. m.; aun me parecía oír el triste y monótono sonido de la campana de Catedral, que triste anunciaba á los fieles la partida del Ilustre viajero, convocándolos á la oración por su feliz viaje y regreso; me olvidaba casi por completo de todo cuanto me rodeaba, considerando la eficacia y excelencia de la oración que se eleva hasta los pies del Altísimo, cuando el brusco tañido de una campana, acompañado de un fuerte pitazo, me sacaron de mis meditaciones y me convencieron de que nuestro viaje principiaba.

El negro y espeso humo sale á borbotones y se espesa á nuestro contorno, con ese desagradable olor del carbón quemado; un ruido sordo resuena en todos los carros, cuyas ruedas giran sobre sí mismas, primero pausadamente y después en vertiginosa carrera; se nos presenta por un momento la contemplación de toda la ciudad, que con sus iglesias, edificios públicos, amenos jardines y hermosas casas, soberbia y orgullosa se levanta de entre la verde llanura.

San José, contemplado á vista de pájaro, produce en el corazón costarricense amante de las glorias de su patria, una

conmoción que sólo puede inspirar el amor al suelo de sus antepasados. ¡Lástima que el lujo desenfrenado y la vana ostentación se vayan apoderando de la sociedad josefina, porque al fin y al cabo darán al traste con capitales y sueldos!

El silbido de la locomotora se repite, y como si éste fuera el látigo para animar un veleidoso corcel, la velocidad de nuestra marcha se aumenta sin que nada sea capaz de detener la fuerza del vapor. Los carros ruedan sobre los duros rieles, y casas y cafetales y potreros desaparecen ante nosotros con vertiginosa rapidez.

Desde que se inventó el vapor, el mundo no es sino un hermoso jardín recorrido en todas direcciones, sin que el tullido ni el renco se priven del placer de contemplarlo. Los pueblos más remotos, separados por largas distancias y precipicios insondables, se dan la mano mutuamente; de suerte que con razón puede decirse, que por el vapor todos los pueblos no forman sino un solo pueblo, una sola sociedad y una sola familia que recíprocamente se defienden, ó ¡ay! tal vez se asesinan. Los límites de las provincias y parroquias, no existen sino en los archivos, y las fronteras de las naciones sólo en las Geografías, porque para el vapor no hay ni límites ni fronteras, ni precipicios, ni elevaciones; todo lo traspasa y lo hace universal, y hace un solo hombre de todos los hombres esparcidos por la haz de la tierra, unidos con los lazos de la misma sangre, de las mismas costumbres y de los mismos derechos.

La velocidad del vapor es la imagen fiel de la vida del hombre sobre la tierra.

Aparece hoy por la estación del horizonte de una vida, que velozmente corre entre ilusiones y dichas imaginarias, y mañana encorbado bajo su propio peso, gravita hacia el centro de la tierra con tanta mayor rapidez, cuanto más se afana por vivir. Peregrino es el hombre sobre este

mundo, y todos sus suspiros se dirigen á conseguir una felicidad que no se experimenta sino en el cielo. Bienes, riquezas, honores, placeres, no satisfacen los corazones, porque mientras más se tienen, más se desean.

Luego esa sed insaciable de un bien que llene completamente nuestro corazón, nos prueba que Dios no pudo crear al hombre para ese continuo baile que los espiritistas llaman reencarnación, sino para la consecución de un Sumo Bien, que es Dios mismo. ¡Qué tristeza y aflicción para el anciano, á quien en sus últimos días de vida se le diga: tu alma saldrá de ese cuerpo como de una concha para meterse en otro!

Él os dirá que todas las vidas, tanto la del pobre como la del rico, la del grande como la del pequeño, son las mismas, porque todos están sujetos á las mismas privaciones, enfermedades y muerte, aflicciones y dolores.

¿Cómo, os replicará; yo, que me sacrifiqué en el fiel cumplimiento de mis deberes, que sufrí con resignación tantas enfermedades de las cuales nadie se escapa; yo, que tengo mi cuerpo acribillado de balazos recibidos en defensa de mi patria, de mis hijos y los vuestros, no merezco sino que me ofrezcáis por único premio la reencarnación en otro cuerpo?

¿Estáis locos? ¿Queréis meterme en la cabeza que ese cuerpo en que reencarnaré será mejor que este mío, que lo considero rodeado de una aureola inmortal conquistada en el campo de batalla? Me diréis quizá que mi alma reencarnará en el cuerpo del hijo de algún príncipe rodeado de placeres y riquezas; y los tronos, y el dinero, y las armas, me pondrán fuera del alcance de los sufrimientos, achaques y dolores, de las enfermedades y de la muerte? Creéis vosotros, ¡oh cándidos espiritistas! que el rico, el millonario y los soberanos, son más felices que el labriego y campesino que apenas gana para vivir? ¡Ingratos, crueles; vuestros premios futuros son muy viles y miserables por-

que nos obligan á empezar de nuevo una cadena de amarguras que deseo romper!

¡El Dios que vosotros pintáis es un Dios tirano y cruel que se divierte con sus criaturas atormentándolas como en una comedia, donde hoy sufren bajo el cuerpo de un mendigo que se muere de hambre, y mañana en el de un rico que se desvela y ayuna para aumentar sus tesoros!

¡Qué al contrario lo que enseña el cristianismo! El alma afligida y atribulada en medio de sus tormentos exclama levantando los ojos al cielo: “Mi Dios y mi Señor: tenéisme prevenida una habitación que está muy elevada sobre la tierra!” ¡Qué pensamiento de tanto consuelo y dulzura para un corazón verdaderamente cristiano! Ese recuerdo de una vida eterna después de nuestra muerte nos consuela y alienta en los trabajos, tanto en el campo como en la casa y en el ejército; mucho padecemos en los pesados arenales de este mundo, pero llegará el día feliz que empezará con nuestra muerte, en que los días tristes y penosos desaparecerán por completo cuando seamos ciudadanos de la corte celestial y reinemos en el cielo en compañía de los bienaventurados.

* * *

No hay duda, la animación, el comercio y la agrupación de seres humanos se aumenta cada día más en San José, y entrar en un vagón del tren, á veces equivale á tanto como á buscar voluntariamente la asfixia. Más lujo, más vanidades, más placeres y diversiones, más gente y más ruido, más dinero y más mala fe, más vicios y más miserias.

El número de los pasajeros es mayor que el de los asientos, y esto da por lógico resultado que muchos, cansados de ir de pie, buscan apoyo en los brazos de las bu-

tacas, produciendo calor, malestar al vecino, y muchas veces hasta desmayos. Si la Compañía tuviera más consideración al pueblo costarricense, no vendería sino los tickets equivalentes al número de asientos que hay en los carros de que se compone cada tren. Sobre esto creemos que la prensa se ocupó en días pasados, aunque sin éxito alguno.

Del bullicio y conversación debemos decir que á veces son insoportables y día hubo en que llenos de angustia exclamamos: Bienaventurados los sordos porque no oyen tantos disparates. Allí, los hombres que con razón podríamos llamar hombres cotorras, hablan de todo, hasta de lo que no entienden, ni saben, mientras que los cuerdos y sabios no hacen más que guardar silencio y sonreír y condolerse de esos pobres de espíritu.

¿Queréis saber noticias falsas de planes revolucionarios, de robos intentados, de vivos muertos y de muertos vivos; de casamientos no proyectados y de divorcios imaginarios? Tomad un asiento en el tren. ¿Queréis oír hablar del Obispo, del Presidente, de los Ministros, de los periodistas, de los abogados y de los médicos y de los curas? Haced el trayecto en el tren de San José á Alajuela; poned un candado á vuestros labios y escuchad lo que en contorno se habla.

Allí oiréis por centésima vez las proezas y hazañas que de sí mismo narra un coronel que conquistó su grado en el campo de su butaca y en la batalla de la adulación. Al otro lado, con voz chillona, aturde uno de esos *empíricos* que con ínfulas de verdadero Galeno, promulga sus curaciones milagrosas y hechos maravillosos, que bien examinados no han sido otra cosa que un perpetuo reposo bajo tierra del infeliz mortal que en hora aciaga invocó su protección. Allá en el extremo del carro, manotea y gríta un jovenzuelo que por su tono afectado

y no menos apretados labios, por sus amanerados gestos y bigotes embetunados, se ve á la legua ser un poeta de los acabados en *ou*, en cuya imaginación hierven cantos de amor y de cuyos labios las consonancias salen á borbotones. ¡Pobres! De éstos es de quienes se burla D. de Torres y Villaroel y á quienes azota con el látigo de la crítica:

Parad, parad, ingenios mamarrachos.
Deteneos, poetas contrahechos,
Si le debéis á Apolo sus derechos,
No crucéis su montaña sin despachos.
Esa piara de conceptos machos,
No tiene los portazgos satisfechos.
Atad los líos que tenéis deshechos,
Retrahedlos allá entre los capachos.
Sin duda imaginasteis, pobres bichos,
Que era hacer versos engullir bizcochos
Y que estaba el ser buenos en ser muchos.
Pues no, por cierto, que vulgares dichos
Os condenaron por ingenios mochos
En la Chancillería de los duchos.

* * *

Pero ¿para qué seguir narrando lo que cada uno de nuestros lectores habrá observado, sobre todo, si ha viajado en días de comercio en Heredia ó Alajuela?

Cerremos, pues, los oídos y la vista á todo cuanto se ve y oye en los carros, si no queremos perder el juicio, y al través de los cristales busquemos algo en la naturaleza, que no sea fingido y afectado.

Desde luego la vista se recrea, en cuanto lo permite lo serpenteado y quebrado de la línea, en la contemplación del malhumorado Poás, que tantos sustos nos dió el 88, del Barba y otros puntos culminantes de la cordillera volcánica del centro, que como gigantes se levantan que-

riendo escalar el cielo; como también de una serie de cerros y colinas que van á perderse hacia las llanuras del Oeste.

¡Qué bella, qué hermosa es la naturaleza! De su seno se levanta una dulce brisa que lleva al alma una dicha, una alegría que no puede ser sino principio de la eterna! En ella todo, hasta lo más insignificante, es sublime, es divino, es arrebatador.

Al ver la marcha majestuosa del rey de los astros, que sin variar un ápice sigue su carrera; al contemplar esa variedad infinita de árboles que alfombran la tierra y esa multitud innumerable de estrellas que tachonan el azulado firmamento; al sentir el perfume exquisito de las flores que aromatizan el ambiente, al recrear la vista ante esos colores variados é indefinidos; al oír el dulce gorjeo de los alados habitantes del espacio; al sentir el susurro de la cristalina fuente que suavemente se desliza en la pradera, como también al escuchar el rugido del torrente que se precipita de pendiente en pendiente y de abismo en abismo; ante tanta grandeza, ante esa admirable armonía que llamamos naturaleza, no se puede menos de exclamar con el corazón lleno de entusiasmo: *¡Cuán admirable es, Señor, tu nombre en toda la tierra! ¡Cuán incomprendibles son tus designios!*

¡SANTO DOMINGO!

¡Salud, oh dichosos habitantes de estas fértiles llanuras, que os levantáis en alas de la gloria y felicidad que producen el trabajo, la riqueza y honradez, y sobre cuyas frentes brilla la perla de la religión católica! El ángel de la felicidad bate sus blancas alas sobre vuestras cabezas.



615

INDICE

	<u>PÁGINA</u>
Antes de salir	1
En el tren.	3
¡Santo Domingo!	9
Alajuela	12
Atenas	17
Monte del Aguacate	18
San Mateo	23
San Pablo.	28
Santo Domingo	30
Esparta	30
Los Quemados ó Miramar	36
Puntarenas	41
En el vaporcito	52
Nicoya	59
Santa Cruz	70
Belén	86
Filadelfia	89
Sardinal	93
Palmares	97
Tempisque	102
Liberia	104
Bagaces	109
Cañas	116
Guatuso	121
Palenque Tojifo	146
" Margarita	151
" José Joaquín	169
" Sabara	178
" Culolo	182
" Napoleón	187
Río Frío ó San Rafael	194
Acta de fundación de la Iglesia de San Rafael	206
Palenque Juana	211
" Congo	213
Regreso á la capital	231